

Todo está por hacer

Llamé a un taxi, que ya frenaba en la calzada, para dirigirme a la estación de tren. El cielo estaba raso aunque el vaho que despedía mi respiración era denso como una nube blanca. Ella caminaba deprisa con un abrigo negro en cuyo bolsillo hinchado tal vez ocultaba una pistola. Por su manera impetuosa de abrirse paso parecía que atravesaba flotando el aire, deslizándose por la acera tupida de escarcha. Bajo la farola se apreciaban sus facciones como si en la madrugada todo su ser hubiese renacido de una muerte antigua o regresara exaltada de una fiesta en la que hubiera sido infeliz. Me pidió fuego con una voz que la dejaba a la intemperie, tan indefinida en su sinsabor como su semblante andrógino, que sin duda imponía un muro para mantener la distancia. En medio de ese estremecimiento invernal yo sabía que el desamparo no tiene por qué convertirse en una fatalidad. Antes de acomodarme en el coche, la vi cubrirse la cabeza con su bufanda oscura y envolverse el cuello con los extremos amplios del largo tejido de lana. Estaba a punto de amanecer y pensé que cuando su espíritu se anegase en el sueño, el sol alumbraría la mañana. Quién sabe si ese cálido fulgor no guarnecería su despertar: una hospitalidad de luz anticipándose al pulso del tiempo venidero.

Apunte

A veces, sentada en el estudio, contemplo absorta los objetos de este cuarto donde me parece que los enseres cobran una nitidez expresiva, como si de ellos se desprendiese un fulgor más intenso. Siento que ahí está el lenguaje, esperando como un exceso a punto de concretarse. Entonces aflora la tentación de no dejar inédito el susurro de las cosas para seguir explorando la invisibilidad de las palabras adheridas a su superficie. Todo está lleno de dioses, de vocablos, de frases reacias a subsumir el caos como estigma del dolor. Un cuadro, una pulsera, una lámpara o un libro irradian de pronto un fuego que no quema, sino que empuja a escribir sus nombres como una plegaria desnuda desde la que emerge ese modo de vigilia que otorga un contorno a los confines de la mirada.

Detenida en el tiempo

Me pareció milagroso que a finales de verano se mantuviera tan fresca la casa. Las persianas estaban medio bajadas y, sin embargo, había luz suficiente en todas las estancias, al menos en la gran cocina donde me ofreció un pequeño refrigerio a base de leche y pan de centeno con mantequilla. Nos conocimos en la facultad y él regresó a la finca que sus padres le legaron, no muy alejada de la de ellos, porque sentía nostalgia de aquel entorno de su infancia y del trabajo en el que colaboró durante su adolescencia. Yo iba de paso, aunque en muchas ocasiones me había invitado para que le visitara. En un contexto tan tradicional, con olor a fruta madura, en el que se reflejaba un ambiente de fuera del tiempo, quedaba una apertura a la marcha acelerada del mundo a través de su ordenador. Seguía en contacto con varios compañeros. Afirmó que también utilizaba la mínima tecnología en sus campos, sólo la indispensable. Mientras hablaba, me fijé en que conservaba una mirada curiosa de niño que le embellecía. En ese momento me pareció un ángel que aún no se desgarraba entre el pasado y el futuro y que se mantenía ajeno a la visión de alguna catástrofe. Salimos al huerto poco antes de que yo partiera con cierto pesar por no permanecer varios días junto a él, y me regaló media docena de manzanas, que a la sazón poseían una piel que destacaba por su intenso color verde.

Desvelarse

Me desperté de madrugada y la ventana seguía entornada. Vi unas nubes cubriendo el cielo iluminado por la luna. El firmamento irradiaba allí esa luz plateada que extendía su reflejo en las baldosas. Por un momento dudé si sería capaz de franquearlas. Abstraída durante unos segundos de los lazos comunitarios, me pareció que más allá de los seres más próximos, del correr de las estaciones, de la lectura, de los paseos y del arte no había nada, que los límites del mundo poseen un horizonte que se esfuma en lo incierto, o quizá que el alma tropieza enseguida con lo absurdo. Me levanté y en el jardín de enfrente advertí la presencia de un hombre sentado en su porche bajo el halo de un pequeño farol. Para él también la vida pasaba a través de la oscuridad translúcida, de la verja entornada. Nos miramos en la distancia y no sé si en ese instante buscamos un lenguaje para trasladarnos al otro lado del espejo y soportar la revelación.